

CASTELAR Y EL ARTE

(Continuación).

He ahí un título de la escultura española, alegado por Castelar en Barcelona:

«No conozco personificación alguna, no la conozco, que haya sido jamás, jamás, tantas veces reproducida como la personificación del hombre que en el siglo XIII creó la lengua italiana, la personificación de la Italia antigua: el Dante. La nación italiana le habrá erigido trescientas estatuas, le habrá copiado en todos sus cenobios, en todos sus Camposantos, y sin embargo, el hombre que mejor ha reproducido al Dante es un catalán, es Suñol. Le ha representado sentado, porque la grandeza no le permitía estar de pie; le ha puesto en aquella situación fatigada... su barba puntiaguda descansa sobre la mano, sus ojos están hacia adentro; aquella nariz encorvada parece como el pico de un águila de la poesía épica, y cuando le veis, se os aparece en el mundo con los terrores del año mil; el hombre que huye de la vida y cava el sepulcro para enterarse, el desquiciamiento de los huesos, la evaporación de la sangre, el rechinar de los dientes, los lagos de sangre, los horrores del infierno, de aquel infierno en que se ven tantas y tantas penas, tantas y tantas angustias; y en él hay una cosa que aterra, el dejar toda esperanza, el último gemido representado en mármoles y en bronce por un escultor contemporáneo.»

LA PINTURA. — «La Pintura es primero jeroglífica, pasa por el símbolo, y es más tarde clásica, cristiana luego, y después moderna; y puede decirse que, desde el primero de aquellos animales misteriosos pintados en la tapa del ataúd de las momias, desde el primer animal religioso, desde el íbis pintado en las columnatas memfíticas hasta las Vírgenes de Rafael ó los caballeros de Velázquez, el espíritu humano se ha desarrollado, y una gran parte de este espíritu humano se ha condensado en los grandes cuadros, en las maravillosas creaciones del Arte.»

«El arte cristiano por excelencia es la Pintura. Los antiguos tuvieron verdaderas pinturas murales, en que indudablemente brillaron mucho, pero no crearon, no podían crear la gran Pintura que nació con el cristianismo; porque así como la Arquitectura tiene más materia que la Escultura, la Escultura tiene más materia que la Pintura, y se necesitaba una evolución superior del espíritu humano y una espiritualización indudable de la humanidad, para que se produjera el arte pictórico, arte esencialmente cristiano.»

«La pintura en el mundo clásico es una idealización, y nada más que una idealización de la escultura; este arte debía progresar indudablemente bajo la influencia divina, sobrenatural, del cristianismo. Con razón se ha dicho, que la arquitectura es el arte oriental, la escultura el arte pagano y la pintura el arte cristiano.»

En Roma está el Vaticano, y en el Vaticano la capilla Sixtina. En ella es dos veces peregrino el hombre, como católico y como artista. El ilustre canónigo Manterola, dijo un día en las Cortes, que Castelar no había estado en Roma... ¡tanto le extrañaron algunas afirmaciones de éste!

«Sí, he estado en Roma, contestóle su adversario; he visto sus ruinas; he contemplado sus trescientas cúpulas; he mirado las grandes Sibilas de Miguel Ángel, que parecen repetir, no ya bendiciones, sino eternas maldiciones sobre aquella ciudad; he visto la puesta de sol tras la Basílica de San Pedro; me he arrojado en el éxtasis que inspiran las artes con su eterna irradiación; he querido encontrar en sus cenizas un átomo de fe religiosa, y sólo he encontrado el desengaño y la duda...»

Después de la Restauración, era ya menos fatalista y menos descreído. Decía, el 9 de Mayo de 1876:

«Yo, señores, aunque perteneciendo á la filosofía, á la democracia, á la libertad, he asistido en los valles de la Umbria como un peregrino al convento de Asís; he creído escuchar de labios de las esculturas erigidas en el crucero de la catedral toledana, el *Te-Deum* de las Navas de Tolosa; he visto sentado en los jardines de Salustia, sobre las piedras de las ruinas, á la sombra de los cipreses, ponerse el sol como una hostia consagrada tras la Basílica de San Pedro; he descendido á las catacumbas, y he tocado en las tinieblas las piedras esculpidas con signos religiosos por las manos de los mártires; y si no soy capaz de compartir, soy capaz de comprender y de admirar y de adivinar vuestra fe.»

Y no tardó en participar de ella; volvió al Vaticano, se prosternó á los pies de S. S. León XIII, y tal vez entonces ya no le pareció que las Sibilas echaran fuego enemigo por la boca... ¿Qué importa todo esto, si supo darnos párrafos como estos que voy á copiar?

«Tú, Pérsica, en la vejez que te agobia, se conoce cómo el mundo en su cuna te ha confiado sus secretos y te ha dicho sus vajidos, y cómo antes de morir te inclinas, abrumada por el trabajo y por los años á escribir un poema cíclico en las hojas de tu libro de bronce.»

«Tú, Libia, vienes corriendo como si las arenas del desierto encendido te quemaran los pies, á traernos una idea recogida en el espacio, donde todas las ideas se han transformado como larvas misteriosas.»

«Tú, Eritrea, eres joven como Grecia, bella como una de las sirenas de tu archipiélago, cantora como la tierra de los poetas, ondulante como los mares de que nacieron los dioses; y amiga de la luz, atizas la inmortal lámpara que está á tu lado, y á cuyo resplendor vendrá, como una mariposa, la conciencia humana.»

«Tú, Delfica, eres virgen como Ifigenia inmolada por los reyes; tú llevas el beso de Apolo en los labios, la sombra del laurel en la frente, la inmortalidad del genio en el pecho, alzado como para entonar un cántico armonioso, que se oirá hasta el fin de los siglos.»

«Tú, Sibila de Cumas, dejas tu caverna, y allí donde las montañas se cincelan más escultóricamente, donde los aires se cargan de aroma, donde el mar Tirreno más se embellece, en el golfo de Bayas, mirando la griega Parthenope, hermosísima y ebria como una bacante reclinada sobre su mullido cojín de pámpanos, modulas dulcemente las melodías de la esperanza...»

«¿Sois de carne, sois mujeres, habéis sentido la voluptuosidad, el amor, ó sois los arquetipos de las cosas, los ideales del Arte, las sombras de esas musas que todos los poetas invocan y que ninguno ha visto sino á través de sueños irrealizables, las formas variadas de la eterna Eva, que ya se llama Safo, ya Beatriz, ya Laura, ya Victoria Columna, ya Eloísa, y que está de pie en la cuna y en el sepulcro de todas las edades, sonriéndose con la esperanza, despertándose con el deseo y huyendo de nuestros brazos, como una ilusión que se desvanece en lo infinito?»

«Si buscáis las genealogías de las Sibilas (dice Castelar á sus lectores) encontraréis el Dante, encontraréis Platón, encontraréis Isaías, encontraréis Esquilo; son de esa raza. Si buscáis sus parientes por el mundo moderno, los tendréis en algunos personajes de Shakspeare, en algunos pensamientos de Calderón, en algunas escenas de Corneille.»

Dice que es mejor verlas, para comprender lo sublime, que definir esta cualidad estética.

Pondera el *Juicio final*, atenuando el rigor de duras calificaciones que ha merecido y entusiasmándose en algunos trozos del mismo. Y concluye:

«Pero, donde se muestra el genio de Miguel Ángel en toda su grandeza, es en aquella inmensa catarata de condenados, que van heridos por la terrible sentencia, tristes unos como hojas secas, desesperados otros y retorciéndose cual si contra su eterna suerte pudieran rebelarse, ya morriéndose los puños, ya arrancándose el cabello, ya aterrados á la vista de las llamas que los aguardan, ya presa del delirio; todos en los más atroces dolores físicos y morales; titanes llenos de vida y de carne y de sangre, como para ofrecer abundante pasto á los tormentos; titanes que roncan y maldicen y denuestan y escupen horrores de sus bocas, y luchan con las serpientes enroscadas en sus cuerpos, y buscan en el aire una nube donde reposar, y caen produciendo un escalofrío terrible, como si oyerais el primer contacto de sus carnes con el plomo derretido en las llamas eternas.»

Comparando á Rafael con Miguel Ángel: «El alma de Rafael, ha producido sus figuras, como diz que parió la Virgen, sin dolor. Cada una de ellas parece nacida como Citera, de las espumas de la mar, en la concha de nácar, con la sonrisa en los labios, los rayos de la aurora en la frente y el cielo en los ojos. Una ola de aquella alma serena, las ha depositado en las áridas riberas de la realidad.»

Las figuras de Miguel Ángel luchan, padecen, se retuercen, van montadas en las ráfagas del huracán, tienen por luz un incendio, expresan la virilidad y la potencia del dolor, son los hijos gigantes de los estremecimientos desesperados de su genio en delirio, ansioso de marcar la realidad con el sello de lo infinito. Por eso parece que todos llevan en las carnes el hierro candente de la idea de aquel hombre, y gritan desesperadas desde la realidad por otro mundo infinito, como el naufrago por la tierra.»

Comparando los estados del alma de ambos artistas, transparentados luego en su producción, dice:

«Rafael, está siempre sostenido por su amada que le idolatra; por sus discípulos que le obedecen; rodeado de un coro de ángeles. El gran escultor, está solo, separado del mundo, reducido á un coloquio perpétuo con sus ideas, sin amor y sin amistad, aislado como las grandes eminencias del globo, con la tempestad sobre la frente...»

«Légale el turno á Florencia.»

«Florencia, que ha vivido durante largos años entre las tempestades de ideas y combates homéricos en su inquieta democracia; y ha puesto el cincel en las manos de Andrés de Pisa y de Ghiberti para que esculpieran las puertas del nuevo paraíso; y ha dado á Lucas de la Robia el dulce crepúsculo de helenismo y del cristianismo para que en el brillante sus lúcentes figuras de porcelana; y ha revelado la anatomía del cuerpo humano y la fecundidad de la Naturaleza á Donatello; y ha llevado en sus entrañas sin estallar al titán de las artes, al sublime Miguel Ángel; y ha cincelado el oro recién traído del Nuevo Mundo con el mágico estilete de Benvenuto; y ha inspirado á Brunelleschi, el cual puso montañas sobre montañas, como los antiguos cíclopes, para crear la arquitectura moderna; y ha sido escuela á un tiempo de Cimabué, el último de los bizantinos, y de Giotto, el primero de los pintores, y templo donde Fra Angélico dibujó sus vírgenes y sus ángeles, nacidos de una inspiración sin mancha y dotados de una vida sin pecado, y academia donde tienen altares desde las graciosas figuras del Sarto hasta las colosales de Fra Bartolomeo; y ha prestado al Dante sus terrores, al Boccaccio su risa, al Sansovino su armonía, á Maquiavelo sus cóleras, á Pico de la Mirandola su saber, á Rafael su perfección, á Marsilio Ficino su elocuencia platónica, á Savonarola su inspiración, á León X su culto por las artes, á Galileo su luz; bien puede decirse que es y será eternamente la madre de la civilización moderna, la ciudad por excelencia del Renacimiento.»

En Asís, se le ocurre esta comparación entre lo sincero y lo artificioso: «El Arte místico, que sentido con verdadera ingenuidad, profesado con verdadera fe, brotado naturalmente de un alma tan pura como el alma tierna é inocente de Fra Angélico, en tiempos de suyo místicos, nos parece flor del campo cargada de inmortales esencias, en nuestro tiempo, contrahecho y recalentado por una erudición reaccionaria, nos parece, como los cuadros de Overbek, flor de trapo.»

Ante San Marcos de Venecia, cuyas parciales imperfecciones no pueden avasallar los efectos deslumbrantes del conjunto de la obra, de la parte circundante de otras construcciones y del ambiente histórico y nacional del pueblo, dice:

«Este es el teatro verdadero de Venecia y de sus gentes. Cuando sus mosaicos brillan á los ardientes rayos del sol; cuando sus columnas de pórfido y de jaspe mezclan los tonos dulces al metal entre áureo y verdoso de los caballos; cuando los cristales reverberan la luz, y los santos toman á una en los cambiantes y arreboles de los celajes deslumbradoras aureolas; en esta orgía de colores, las figuras que os han dejado el Ticiano y el Veronés y el Tintoretto, los personajes de aquellas épocas, vivos todavía en los cuadros y en los mosaicos, aparecen con toda verdad, realmente, como de relieve; el Dux vestido de tisú, con su manto de púrpura y armiño á la espalda y el gorro frigio en la cabeza; los senadores con sus túnicas negras y rojas formando mágicos contrastes; las damas henchidas de placer, escotadas para mostrar sus turgentes senos y espaldas, con los cabellos sembrados de chispas de brillantes y los ojos encendidos de chispas de amor, arrastrando aquellos trajes de brocados varios que crujen rozagantes sobre el suelo de mármol; los caballeros con sus ropillas de terciopelo y de damasco, sus collares de oro, su plumaje de varios matices cayendo desde las gorras, donde están prendidos con broches de pedrería, sobre los hombros, adornados con lujosas bandas; los ancianos envueltos en aquellas largas túnicas que les dan el aspecto de sacerdotes orientales; los alabarderos con sus uniformes abigarrados; los

pajes con sus dalmáticas dignas del Asia; los esclavos y los bufones llevando en las manos los papagayos de la India y á los pies los monos del Africa; los coros de cantores y las compañías de músicos, uniformados fantásticamente y á capricho como las comparsas de un carnaval perpetuo; los gondoleros, de pie, con su remo en la mano, ostentando trajes de rayas diversas, semejantes á los matices del iris y resaltando sobre el negro betún de las gondolas; las muchedumbres de marineros con sus nervudas formas y sus pintorescas camisas y pantalones celestes, y la multitud de gentes, todas ricas, todas alegres, todas satisfechas, como si en vez de ser aquello una sociedad fuese un continuo teatro.»

Todo esto que el pinta con la palabra tiene su ascendencia en el pincel, y acaso también tenga una descendencia en la obra futura de éste. No menos afortunado estuvo un día en el Congreso intercalando un cuadro vivo, palpitante, seguro de tipos, de actitudes, de indumentaria, de dibujo, de color y de movimiento, relacionado con las costumbres cortesanas del siglo XVIII, y aprovechándolas por cierto (por no faltar á la costumbre), para poner cascabeles burlescos á determinadas ideas. Parecía que allí revivían Watteau, Boucher y sus discípulos, con sus composiciones y retratos, con sus elegancias y gazmoñerías, con sus idilios virginales y con sus picantes descocos. En esto de simbolizar y sintetizar épocas históricas, tan pronto fué un Kaulback, como un Tadema, como un Rochegrosse, como un Gerome, como un Meissonier, como un Mackart.

F. TOMÁS Y ESTRUCH

(Concluirá).



MARINA A LA ACUARELA; de SALVADOR VINIEGRA.

LA PALMA

Es la palma del cielo don divino,
Es atlaya en el espacio erguida,
Es el amor que ni en la ausencia olvida,
Es templo en el desierto al peregrino.

Es lecho en que descansa el beduino,
Es generoso bálsamo en la herida,
Es blanda cera y copa no palida,
Es techo y ropa y alimento y vino.

En corteza de palma se escribieron
Versos de Antar y del Koran la sura,
Y en la memoria de los suyos fueron;

La sed mitiga en la abrasada zona,
Y, signo fiel de lo que eterno dura,
La palma, en fin, al vencedor corona.

EL HECHICERO

Hábil trasmutador, llegó á la aldea,
Y, brindando á la plebe su tesoro,
Truco el vidrio en día nante, el cobre en oro;
Do quier su vara mág ca pasea.

En donosa beldad cambia la fea,
Y el vulgo aplaude en admirado coro;
Más que Aladino en el alcázar moro,
Lámparas frota y el prodigio crea.

Mas, ¡ay! que el aura popular no dura;
Que, esparciendo á los vientos sus cenizas,
Y la hoguera sus vísceras depura;

Vano triunfar de fanatismo tanto;
Que, esparciendo á los vientos sus cenizas,
Brota de cada chispa un nuevo encanto.

A ORILLAS DEL MAR

Pláceme, oh, mar, cuando en tu centro frío
Tu trndida grandeza se derrama;
La magestad de tu Hacedor proclama
Y refleja su excelso poderío.

Cuando en tu dorso el rápido navío
Pasea su magnífica oriflama;
Cuando al hombre sediento de oro y fama
Tumba le ofrece tu cristal impío.

Cuando tu trueno fragoroso albruma
La voz de nuestros tímidos hogares,
Montes alzando de irritada espuma,

Y de la luna esperas la salida,
Como aguarda impaciente en los altares
El amante á la hermosa prometida.

MIGUEL SÁNCHEZ PESQUERA

¡UNO DE TANTOS!

IMPROVISACIÓN, ANTE EL CUADRO DE CARRONELL SELVA, REPRODUCIDO EN ESTA PÁGINA.

¡Vedle! El pincel fecundo del artista
supo imprimir en su morena cara,
de aterradora lividez cubierta,
las huellas del dolor que llena su alma.
Es mozo todavía, sangre pura
circula por sus venas, sangre brava,
que agotar no logró el hierro enemigo
aun que en el cuerpo abrióle puertas anchas.

Callosas manos y fornidos miembros
su vigorosa condición delatan,
como delata su agüerido porte
de un valor no domado la arrogancia.
Soldado de la Patria, los rigores
del servicio afrontó con la frente alta,
sin que nada atajara su ardimiento
ni hiciera vacilar su firme planta.

¡Hey, caída la frente, tembloroso,
jadeante el pecho, torva la mirada,
se rinde ante la muerte que sereno
desafió en los campos de batalla.
¡Como no, si á traición y por sorpresa,
en tanto que la suya respetaba,
robóle una existencia en que tenía
cifrada su ilusión y su esperanza!



Allí, en aquel rincón del cementerio,
bajo una cruz modesta y solitaria,
yace un sér que dejó lleno de vida,
y á quien la pena de su ausencia amarga
consumió lentamente, cual consume
al recio tronco la continua llama.
¿Será una madre cariñosa y buena
la que la tierra, aun removida, guarda
en cautiverio eterno, tan distante
del hijo que engendraron sus entrañas?
¿Será una tierna hermana que, al empuje
de inhumanas discordias, agostada

cayó del tallo enhiesto en que se erguía,
cuando á abrir su corola comenzaba?
¿Será una casta virgen que, de luto
vestido el corazón, desecha en lágrimas,
esperaba el regreso del ausente,
para ofrecerle de su amor la palma?
¡Sábelo Dios! En realidad horrible,
en injusticias que la suerte fragua,
inspiróse el artista; pintar quiso,
de realismo fatal haciendo gala,
no un hecho aislado, de la mente engendro,
sino un lienzo que el luto reflejara

de aquellos licenciados infelices
que, al volver á su hogar, tras rudas ansias,
hallar suelen, por toda recompensa,
una fosa recieute, y enterradas
en ella sus más dulces ilusiones,
¡las que no tornan, si una vez se marchan!
¡Y á fe que lo logró! Merced al genio
del insigne pintor, cuando la fama
la memoria enalteza de los héroes
que sucumbieron del deber en aras,
consagrará un recuerdo cariñoso
á tanto mártir como alberga España!

MARIO Y MORPHY

Dos cerebros, dos corazones y dos voluntades poderosas, consagradas al arte, y que el arte llora hoy, perdidas para siempre!
¡Mario!... el actor que rindió culto á la realidad, que huyó del efectismo de mal gusto, que consagró horas y horas al penoso trabajo de matizar una frase, de apropiarse un gesto del personaje ficticio; el director y amparador de los pocos actores aceptables que nos quedan; el cumplido caballero y maestro de los pocos actores que á él se acercaba con algo en la cabeza y en el corazón... Este fué Mario... y no es ser poco en esta época de amaneramientos, imitaciones y decadentismos.
¡Morphy!... el compositor musical que amó y admiró, detenido en el límite de su modestia, cuanto notable y genial producían los demás; siendo así que sus propias creaciones hubiesen bastado á cualquiera otro, para no dar importancia á lo ajeno, para engreirse, para endiosarse.
¡Morphy! su bondad y su talento, corrían parejas... ¡A cuántos principiantes alen-

tó, haciéndoles llegar á la meta de sus aspiraciones! ¡Cuánta producción selecta dió á conocer, relegando las suyas admirables á último término!... Secretario particular del monarca Alfonso XII — quien le concedió el título de conde, — y luego de nuestra Regente; condecorado con infinidad de insignias, agraciado con multitud de títulos académicos, y dotado por la naturaleza de gran talento artístico, Morphy era mantenedor de cuanto nuevo, grande ó exquisito se producía en el mundo musical.
¡Mario y Morphy! La comedia y la música;... dos temperamentos artísticos con afinidades misteriosas que sólo pueden enlazar y comprender los que, como ellos, consagran su vida al culto sincero del arte, en cualquiera de sus manifestaciones.
ALBUM SALÓN, que se honró, contándoles entre sus buenos amigos, y que publicó de Morphy muchos hermosos trabajos en sus columnas, tendrá siempre para ellos, un recuerdo en el alma y una lágrima en los ojos.

EL TENORIO EN LA ALDEA

(IMPRESIONES TEATRALES)

Navalmorcuende, hoy día de la fecha.

SEÑOR director: Aquí en este pueblo, ordinariamente no ocurre nada anormal. En verano se siega; en otoño se vendimia; en invierno se mata al cerdo, y en primavera hacen acopio de granos... los rostros de los vecinos. Sólo varía lo monótono de la vida de los navalmorcuendenses, cuando hay elecciones; las cuales solemos celebrar hiriendo á varios individuos; cuando hay capeas, fiesta nacional, en la que mueren otros; y en la época presente, en que nos matan á los émulos de Calvo y Vico, desde el 20 de Octubre al 10 de Noviembre.

Porque aquí, señor director, no queremos ser menos que los habitantes de casi todos los pueblos de España, y tenemos Tenorio todos los años y á todo pasto, en cuatro pajares habilitados para coliseos. En las aldeas limítrofes á la nuestra hay también estos días, y en competencia con nosotros, Tenorios, Mejías y Ullóas por docenas, vamos, adocenados.

Y basta de proemio. Paso, no á dar cuenta, en forma de revista, de los crímenes perpetrados por los bravos Juanes en los mentados teatros de Navalmorcuende, durante los días en que se ha desollado la obra de Zorrilla, sino á narrar algunos de los incidentes ocurridos en ellos.

En el pajar del señor alcalde, — como si dijéramos en el Teatro Principal de esa, — el público distinguido arrojó al escenario las banquetas, y produjo chichones, con variadas hortalizas, al Comendador, porque estaba afónico y es tartajoso. El hombre hincóse de rodillas ante el auditorio, y dijo:

— ¡Señores, por Dios, un poco de paciencia. No atenten ustedes contra mí, que soy casado y con siete de familia. Antes de diez minutos me matará don Juan, y quedarán ustedes vengados!

En el pajar del albeitar, que representaba un cementerio, filosofaba Tenorio y al decir, señalando las esculturas:

Mi buen padre empleó en esto — entera la hacienda mía,

levantóse airado Antoñaz, el tratante, que no está en buenas relaciones con la familia del actor, y exclamó, enseñándole los puños:

— ¡Embustero, más que embustero! Si tu padre nunca ha tuvido dos pesetas!

Lo más funesto ha sido lo que acaeció en el pajar del escribano. Tenorio postróse de hinojos ante la tumba de don Gonzalo, en lugar de hacerlo ante la de su hija, — exclamando:

Mármol en quien doña Inés — en cuerpo sin alma existe...

Y la estatua yacente del Comendador contestó:

— Mira, don Juan, que te equivocas. Eso se lo cuentas á aquella de allá enfrente.

Armóse una tremenda barahunda, y el escribano, que es hombre de mal genio, quiso meter en la cárcel á toda la compañía.

En el cuarto pajar, hubo tremolina interior; vamos, en el escenario. Cuando el protagonista iba á salir á escena, presentóse á él un gañán y le preguntó con malos modos:

— ¿Es usted, Manolico Pérez?

— Servidor de usted.

— ¡Pus vengo á cobrarle á usted esta factura, de parte de mi dueño.

— Hombre, en este momento soy insolvente. D. Juan Tenorio no paga.



NOTA ARTÍSTICA; por A. COLL.

— ¿Pues toma.

Y se oyeron dos bofetadas terribles. Unos aplausos frenéticos; ovación tributada al actor... en su propio rostro.

Ya sé, señor director, que nada particular hallará usted en estos datos teatrales, recogidos en los coliseos de Navalmorcuende; pero creo que tampoco ocurrirán cosas mayores en los teatros de las grandes capitales. Porque don Juan Tenorio, según mis informes, en todas partes se representa y en todas partes se representa mal. Conque, aparte de la chismografía más ó menos variada, en cuanto al Tenorio respecta, aquí nos hallamos á la altura de Madrid ó Barcelona; y casi casi, los datos que le remito serán parecidos á las noticias que puedan dar ustedes de las grandes compañías que actúan en esa, pues poco nuevo podrán ustedes decir á sus lectores de una obra tan vista y manoseada como don Juan Tenorio, de reglamento estos días en la inmensa mayoría de los teatros.

FLORIDOR



RECUERDOS Y ESPERANZAS



CUADRO DE JUAN BRULL.